

Dueño de Elvira, Ibn-Hafzum volvió sus armas contra Ibn-Djudi, y los Árabes granadinos. Conociendo que la batalla que se iba á dar sería decisiva, Ibn-Djudi había llamado en su ayuda á todos sus aliados. No dejó por eso de experimentar una terrible derrota y como había tenido la imprudencia de alejarse de Granada, su base de operaciones, sus soldados que tenían que recorrer toda la Vega, ántes de llegar á la fortaleza, fueron acuchillados en gran número. En opinion de los habitantes de Elvira, esta victoria fué, una ámplia compensacion de todas las derrotas que habían sufrido ántes. En efecto, los Árabes habían sido tan bien batidos, que no pudieron levantar más la cabeza.

Orgulloso con su triunfo, Ibn-Hafzum marchó contra Jaen. Allí fué tan feliz como lo había sido en Elvira. Se apoderó de la ciudad, nombró un gobernador y dejó tropas. Hecho esto se volvió á Bobastro. (1)

Á escepcion de Polei y de Écija, el año 892 le había devuelto lo que el precedente le había quitado. Durante cinco años su poder permaneció lo mismo poco más ó me-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 800.-82 r.

nos, salvo que perdió á Elvira. Había sorprendido á los realistas de esta ciudad, pero no los había vencido, y su conducta los había exasperado contra él; así que, aprovecharon la primera ocasion para sacudir el yugo. Esta se presentó en 893, cuando el ejército del Sultan, despues de haber hecho una razia en los alrededores de Bobastro, apareció ante las puertas de la ciudad. El príncipe Motarrif que lo mandaba, ofreció entónces una amnistía general á los vecinos, siempre que le entregaran al teniente y á los soldados de Ibn-Hafzum. La influencia de los realistas fué tan grande que los habitantes consintieron en ello y desde entónces Elvira permaneció sujeta. El patriotismo y el amor á la libertad se habian enfriado; además se había combatido más bien contra los Árabes de Granada que contra el Sultan; era contra los Árabes contra los que había sido llamado Ibn-Hafzum, y desde que habian perdido la batalla de Granada, los Árabes habian dejado de ser terribles. Muy debilitados por la derrota, lo quedaron mucho más por la discordia que estalló entre ellos. Ahora estaban divididos en dos facciones, una adicta á Said-Ibn-Djudi; la otra á Mohamed-ibn-Adhha, el

poderoso señor de Alhama, contra el que Said alimentaba un ódio tan violento, que había puesto á tasa su cabeza. La imprudencia de Said y la ligereza de su conducta agravaban la situación. Con su orgullo, su fatuidad y sus numerosas galanterías se había atraído el ódio de muchos jeques, y al fin uno de ellos, cuya felicidad doméstica había destruido, Abu-Omar Othman resolvió lavar su deshonor con la sangre del seductor. Avisado de que su muger había dado una cita al emir en casa de una judía, fué á ocultarse allí con uno de sus amigos, y cuando llegó Said se tiró sobre él y lo mató. (Diciembre de 897.)

Este asesinato llevó á su colmo la discordia. El asesino y sus amigos, tuvieron tiempo de ir á ponerse en seguridad en la fortaleza de Novalejo, al norte de Granada, donde proclamaron emir á Ibn-Adhha. No queriendo malquistarse con el Sultán, le suplicaron que confirmase su elección, y trataron de persuadirlo también, de que si habían matado á Said había sido en interés del Estado, diciéndole que trataba de sublevarse, y que había compuesto estos versos:

«Vé, mensajero mio, vé á decir á Abdallah,

que solo una pronta fuga puede salvarlo, porque un guerrero temible ha levantado el estandarte de la rebelion en la ribera del rio de las cañas. ¡Hijo de Merwan, vuélvenos el poder; es á nosotros, á los hijos de los beduinos á quien pertenece de derecho! Pronto! que se me traiga mi alazan con su mantilla bordada de oro, porque mi estrella brilla mas que la suya!»

Acaso estos versos eran realmente de Said, por lo menos no son indignos de él. Sea de esto lo que quiera, el Sultan que se complacía de que estos Árabes hubieran condescendido de presentarle una justificacion de su conducta, dió su sancion á todo lo que habian hecho. Pero los antiguos amigos de Said no reconocieron á Ibn-Adhha. El asesinato de su jefe los había llenado de indignacion y de cólera. Inconsolables con su pérdida, olvidaban todos sus faltas, y todos los agravios que les habian hecho, para no acordarse mas que de sus virtudes. Uno de ellos, Micdam-Ibn-Moafa, á quien Said había hecho azotar, sin que hubiera merecido este castigo, le compuso sin embargo este poema:

¿Quién alimentará y vestirá á los pobres,
ahora que yace en la tumba el que era la

generosidad misma? Que los prados nose cubran de verdura, que los árboles estén sin hojas, que el sol no salga, porque ha muerto Ibn-Djudi, y ni hombres ni génijs verán otro semejantel

«Qué, exclamó un Árabe cuando oyó recitar estos versos; elogiais al que os ha mandado dar azotes?—Por Dios, respondió Micdam, que me ha hecho un bien aun con esa sentencia inicua; porque el recuerdo del castigo que me hizo sufrir me ha apartado de una multitud de pecados que cometía ántes. ¿No le debo por esto, reconocimiento? Además, desde que me hizo azotar he sido siempre injusto con él; creéis que hé de continuar siéndolo ahora que ya no existe?» (1)

Otros, que habian sido amigos íntimos de Said, estaban sedientos de venganza. «El vino, decía Azadí en un largo poema: el vino que el escanciador me sirve, no recobrá ya su gusto para mí, hasta que mi alma obtenga lo que desea, hasta que vea á los caballeros correr á rienda suelta á vengar al que era ántes su orgullo y su alegríal»

Said fué vengado en efecto por sus ami-

(1) Maccari, t. II, 361.

gos, pero los Árabes continuaron peleando sin tregua. El Sultán y los Andaluces no tenían, pues, otra cosa que hacer que dejar que se degollaran mutuamente. (1)

La sumisión de Elvira fué para el Sultán una gran ventaja. Obtuvo otras además; persuadido de que no ganarian nada con hacer la guerra á Ibn-Hafzun, volvía sus armas con preferencia contra otros rebeldes menos poderosos. Su intención no era reducirlos, no intentaba quitarles sus ciudades, ni sus castillos, quería únicamente obligarles á pagar tributo. (2) Para esto hacía que su ejército hiciera una ó dos expediciones al año. Se le destruían los sembrados, se le quemaban lugares, se le sitiaban fortalezas, y cuando el rebelde consentía en pagar tributo y en dar rehenes, se le dejaba en paz para atacar á otro. Este género de expediciones no podían producir resultados pronto, decisivos, ni brillantes; pero traía al menos resultados muy ventajosos. El Tesoro estaba vacío, y

(1) Ibn-Haiyan, fól. 83 r., 22 r. y v., 23 r., 47 v., 48 r., 92 v.; Ibn-al-Khatib, en mis «Notices,» p. 259.

(2) Véanse los versos de Ibn-Colzom (así es como Khochani p. 308 pronuncia este nombre), en Ibn-Adhari, t. II, p. 143.

el gobierno comprendía demasiado bien, que para hacer la guerra en grande, era preciso proveerse del nervio de la guerra, es decir, de dinero, y con estas razias se lo procuraba. La de 895 fué muy feliz. Se dirigió contra Sevilla. Esta ciudad seguía siempre en la misma situacion: el Sultan tenía un gobernador; su tio Hicham residía allí tambien, pero los Khaldum y los Haddjadj reinaban de hecho. Estos jeques estaban muy contentos de su posicion, que le proporcionaba todas las ventajas de la independencia sin sus peligros; hacian todo lo que querian, no pagaban tributo, y sin embargo, no estaban en guerra con el monarca. Creian, pues, que nada podian hacer mejor en su provecho que perpetuar este estado de cosas, así que cuando en el año 895 vino un empleado del Sultan á convocar la nobleza para la guerra, Ibrahim-ibn-Haddjadj y Khaleb-ibn-Khaldun, hermano de Coreb, se apresuraron á responder al llamamiento é ir á Córdoba con sus contingentes. Su aliado Soliman de Sidona y su hermano Maslama siguieron su ejemplo.

Todo el mundo estaba en la idea de que se iba á hacer una expedicion contra los renegados de Todmir. ¡Cuál no sería el

asombro y el espanto de Coreb cuando supo que en lugar de marchar el ejército á levante, iba á marchar contra Sevilla, que Soliman había hallado medio de escaparse, pero que los otros oficiales y soldados de Sevilla y de Sidona habían sido presos de orden del Príncipe Motarríf!

Era preciso tomar medidas prontas y decisivas. Coreb las tomó. Habiendo hecho ocupar por los suyos todas las puertas de palacio, corrió á la sala donde se encontraba el Príncipe Hicham. «Buena noticia! le dijo con los ojos inflamados de cólera! acabo de saber que Motarrif ha puesto preso á mi hermano y á los demás parientes míos que estaban en el ejército; pues bien, yo le juro por lo más sagrado, que si el Príncipe se atreve á atentar á la vida de uno solo, te corto la cabeza. Verémos hasta dónde lleva su audacia; entretanto tú y todos los tuyos, seréis mis prisioneros. Ninguno de tus criados saldrá de palacio bajo ningun pretexto, ni siquiera para comprar víveres. Yo sé que no los hay aquí pero eso no me importa. Decide tú mismo, si te acomoda ver suspendida sobre tu cabeza la espada mortal, y si te agrada la perspectiva de morir de hambre. No tienes mas que un medio

de salvar la vida; escribe al Príncipe, dile que tu cabeza me responde de la vida de mis parientes, y haz de modo que me los vuelva.»

Conociendo que Coreb no era hombre de pararse en amenazas, Hicham se apresuró á obedecerle, pero la carta que escribió á Motarrif no tuvo el resultado que se había prometido: el Príncipe, en lugar de devolver la libertad á sus prisioneros, continuó su marcha hácia Sevilla, é intimó á Coreb que le abriera las puertas. Temiendo por la vida de sus parientes, y no queriendo emprender nada, ántes que las tropas auxiliares de Niebla y de Sidona que esperaba, hubiesen llegado, Coreb juzgó prudente mostrarse moderado y tratable. Permitió, pues, á los soldados del Sultán entrar en la ciudad por pelotones y comprar víveres; además prometió pagar el tributo y volvió la libertad al Príncipe Hicham, que se apresuró á marchar de la ciudad.

Volviendo entónçes sus armas contra el Maá dita-Talib-ibn-Maulud, (1) atacó Motarrif sus dos fortalezas, Montefique (sobre

(1) Se ha visto antes que este señor habia sido aliado de los renegados de Sevilla.

el Guadaira) y Monteagudo. (1) Después de haberse defendido vigorosamente. Talib prometió pagar tributo, y entregó rehenes. Medina-ibn-as-Salim y Véjer siguieron su ejemplo. Lebrija fué tomada por asalto, y Motarrif puso allí una guarnición; pero Solimán, á quien pertenecía esta fortaleza, y que estaba entonces en Arcos, atacó al ejército del Sultán, ántes que llegara á Mairena, y le causó gran pérdida. Motarrif furioso con este contratiempo, se vengó haciendo cortar la cabeza á tres parientes ó amigos de Solimán que se hallaban entre los prisioneros.

A fines de Agosto, el ejército se hallaba de nuevo delante de Sevilla. Motarrif creía que Coreb se mostraría tan sumiso como la primera vez, pero se engañaba. Coreb se había aprovechado del respiro que le habían dejado para ponerse en estado de defensa, y habiendo llegado sus aliados á la ciudad, estaba dispuesto á no ceder. Motarrif se encontró, pues, con las puertas cerradas. Entonces hizo cargar de cadenas á Khaled-

(1) Monteagudo se encontraba cerca de Jeréz. Véase á Maldonado «Ilustraciones de la casa de Niebla», (en el «Memorial histórico,» t. IX) p. 95.

ibn-Khaldun, Ibrahim-ibn-Haddjadj y á otros prisioneros; pero esto no le sirvió de nada. Léjos de dejarse intimidar, Coreb salió de la ciudad y atacó bruscamente á la vanguardia. Hubo un momento en que se temió un desastre; pero habiendo conseguido los oficiales rehacer á sus soldados, fueron rechazados los Sevillanos. Entónces Motarrif mandó torturar á Khaled é Ibrahim y atacó á Sevilla durante tres dias consecutivos. No consiguió nada, pero queriendo vengarse cuanto le fuera posible de los Khaldun y de los Haddjadj, se apoderó de un castillo situado sobre el Guadalquivir, que pertenecía á Ibrahim, y habiendo quemado los bajeles que halló en la rada, mandó arrasar el edificio, y dando un hacha á Ibrahim, le obligó á trabajar, encadenado de pies y manos, en la destruccion de su propia fortaleza. Habiendo demolido enseguida otro castillo que pertenecía á Coreb, tomó de nuevo el camino de Córdoba. (1)

Habiendo vuelto el ejército á la capital y habiendo llegado el tributo de Sevilla, un visir aconsejó á su señor que, si bien habia ensayado ganarse á Ibn-Hafzun, no ha-

(1) Ibn-Haiyan, p. 59 v.-62 r.; 84.-87 r.

bía hecho hasta entónces ninguna tentativa para reconciliarse con la aristocracia árabe, volver la libertad á los prisioneros obligándolos con juramento á obedecerle en adelante. «Si teneis estos nobles, prisioneros, le dijo, servireis los intereses de Ibn-Hafzun que no dejará de apoderarse de sus castillos. Ensayad mas bien atraéroslos por el lazo de la gratitud y os ayudarán entónces á combatir al jefe de los renegados.» Dejóse persuadir el Sultan é hizo saber á los prisioneros que los pondría en libertad á condicion de que le dieran rehenes y que juraran cincuenta veces en la gran mezquita permanecerle leales. Prestaron los juramentos exigidos y dieron los rehenes entre los que se encontraba el primogénito de Ibrahim, llamado Abderramen; pero apenas volvieron á Sevilla, violaron sus juramentos, rehusaron el tributo y se pusieron en abierta rebelion. (1) Ibrahim y Coreb, dividieron la provincia entre sí, de modo que, cada uno de ellos tomó la mitad. (2)

Las cosas permanecieron en este pié hasta el año 899, pero la discordia debía esta-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 62 r. y v.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 128.

llar inevitablemente entre los dos jefes eran demasiado iguales en poder para que pudieran permanecer amigos. Así que, no tardaron en querellarse y entónces el Sultan atizó el fuego todo lo posible. Refería á Coreb los términos injuriosos con que Ibrahim hablaba de él y avisaba á Ibrahim de los malos propósitos que Coreb tenía en contra suya. Un día, que había recibido de Khaled una carta muy ofensiva para Ibrahim y que había escrito debajo su respuesta, la dió entre otras á uno de sus criados encargándole que la mandase. El criado tuvo el descuido de dejarla caer. Un eunuco la encontró, la leyó y esperando una buena recompensa se la dió á un enviado de Ibrahim, rogándole que la entregase á su señor. Cuando Ibrahim echó los ojos sobre este escrito no dudó ya de que los Khaldun no atentaran á su poder, á su libertad y acaso á su vida; pero comprendiendo al propio tiempo que para vengarse de ellos debía recurrir á la astucia, se mostró muy amable, y los convidó á comer. Acudieron á su invitacion y durante la comida les mostró la carta de Khaled y los abrumó de reproches. Entónces Khaled se levantó, y sacando un puñal de la manga hirió á Ibrahim en la ca-

beza, le desgarró el turbante y le hizo una herida en la cara, pero Ibrahim llamó á sus soldados que se precipitaron sobre los dos Khaldun y los asesinaron. Ibrahim hizo cortarles las cabezas, y habiéndolas arrojado al pátio, atacó á sus guardias que estaban allí, mató á algunos y dispersó á los demás.

Desde entónces era el único señor de la provincia, pero conociendo que le era preciso justificar su conducta ante el monarca que aun conservaba su hijo en su poder, le escribió diciéndole que no había podido obrar de otra manera, que los Khaldun lo habían incitado siempre á la rebeldía, pero que, en el fondo de su alma, no había participado jamás de su manera de pensar, y que si el Sultan quería nombrarle gobernador, él proveería á todos los gastos del servicio y le daría además siete mil ducados anuales. El Sultan aceptó su ofrecimiento, pero envió al mismo tiempo á Sevilla á un tal Casim á fin de que gobernara la provincia juntamente con él. Ibrahim no se cuidaba de que tenía un colega, así que al cabo de algunos meses indicó á Casim que podía muy bien pasarse sin él.

Habiéndose desembarazado tan caballe-

rescamente de Casim, quiso tambien que el Sultan le devolviera á su hijo. Pidióselo en diversas ocasiones, pero siempre en vano; el Sultan rehusaba tenazmente desprenderse de este rehen. Esperando entónces que lograría intimidar al monarca, le negó el tributo y propuso una alianza á Ibn-Hafzun, (900.) (1)

Esta oferta agradó estremadamente al jefe andalúz, que tres años ántes se habia vuelto á posesionar de Écija. (2) El año anterior habia al fin pasado la meta, despues de haber vacilado mucho, habia abrazado el cristianismo con toda su familia. En el fondo de su alma hacia mucho tiempo que era cristiano. Solo el temor de perder sus aliados musulmanes le habia impuesto hasta entónces cierto género de violencia y le habia impedido seguir el ejemplo de su padre que habia vuelto al gremio de la Iglesia muchos años ántes. (3) Los sucesos habian mostrado que sus aprensiones no eran completamente infundadas. Yahya hijo de Anatolio y uno de sus tenientes mas distin-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 128, 129; Ibn-Haiyan fól. 62 v.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 90 v.

(3) Véase Ibn-Haiyan, fól. 82 v.

guidos le había abandonado, quiso servir al musulman Ibn-Hafzun, pero su conciencia le vedaba seguir bajo las órdenes del cristiano Samuel, (tal era el nombre que Omar se hizo dar cuando recibió el bautismo.) (1) Ibn-al-Khali, señor berberisco de Cañete, que hasta entónces había sido su aliado, le había declarado la guerra y trataba de acercarse al Sultan. El paso que había dado, había producido una sensación profunda donde quiera. Los musulmanes se decían con horror que en los dominios del «maldito,» las mas altas dignidades estaban servidas por cristianos, que los verdaderos creyentes no tenían allí nada que esperar y que se les trataba con una desconfianza marcadísima. Secundada por los faquies, la córte esplotaba hábimente estos rumores, mas ó menos fundados, y trataba de persuadir á los fieles que su salvacion eterna estaba en peligro si nó se levantaban como un solo hombre para aplas-

(1) Ibn-Haiyan. fól. 98 v., 102 v. Este cronista quiere hacer creer que las primeras proposiciones vinieron de parte de Ibn-Hafzun, pero la situacion en que se hallaban ambos partidos prueban suficientemente que los primeros pasos se dieron por el Sultan.

tar al «infame.» (1)

En tales circunstancias, nada podía ser mas grato á Ibn-Hafzun, que las proposiciones que recibió de parte del señor de Sevilla. El buscaba aliados por todas partes, había entrado en negociaciones con Ibraim ibn-Casim, señor de Acila (en África,) (2) con los Beni-Casi, (3) y con el rey de Leon, (4) pero una alianza con Ibn-Haddjadj era de fijo preferible para él, porque lo rehabilitaría, así al ménos lo esperaba, en el ánimo de los musulmanes. Apresuróse, pues, á concluirla y habiéndole enviado Ibrahim dinero y caballería, su poder llegó á ser mas formidable que nunca. (5) de la Alhambra y Generalif

El Sultan jugaba con desgracia; hiciera lo que quisiera, su política se volvía siempre en contra suya. La tentativa que había hecho para reconciliarse con el más poderoso de los señores árabes, había fracasado lo mismo que los esfuerzos intentados ántes para ga-

(1) El «Khabilh» como decían los Árabes. Ibn-Haiyan, fól. 95 r. y v.

(2) Vita Beatae Virginis Argenteae, c. 2.

(3) Ibn-Ahdari, t. I p. 241.

(4) Ibn-Haiyan, fól. 94 v., 95 r.

(5) Ibn-Khaldum, fól. 11 v.

narse al jefe del partido español. Su posición era ahora deplorable.

Para ponerse en estado de resistir á la liga que se había formado contra él, tenía que oponerle todas sus tropas y renunciar, por consiguiente, á las expediciones que mandaba hacer todos los años, á fin de obligar á los otros rebeldes á pagarle tributo; corría pues el riesgo de sucumbir por falta de dinero. Era evidente que no podía elegir, no le quedaba mas que un partido que tomar; humillarse delante de Ibn-Hafzun, y hacerle proposiciones de paz bastante ventajosas para que él quisiera aceptarlas. Ignoramos las que le hizo; solo sabemos que las negociaciones fueron largas, que se pactó la paz en 991 y que Ibn-Hafzun envió á Córdoba cuatro rehenes, entre los que se contaban uno de sus tesoreros llamado Khalaf, é Ibn-Mastana. (1)

Pero esta paz fué de corta duracion. Sea que á Ibn-Hafzun no le tuviera cuenta, sea que el Sultán no cumpliera las cláusulas del tratado, ello es que la guerra comenzó de nuevo en 902. En este año, Ibn-Hafzun tu-

(1) Ibn-al-Cutia, fól, 45 v.; Ibn-Haiyan, fólio 92 v., 63 r.; Ibn-Adhari, t. II, p. 129.

vo una entrevista con Ibn-Haddjadj, en Carmona. «Enviadme, le dijo, vuestros mejores ginetes, al mando del «noble árabe» (quería designar con este nombre á Tadjil-ibn-abi-Moslim, general de la caballería sevillana,) porque tengo intencion de probar mis fuerzas en mis fronteras con Ibn-abi-Abda. Espero batirle, y al dia siguiente saquearemos á Córdoba.» Tadjil, que se hallaba en esta conversacion, y que como verdadero Árabe tenía más simpatías por la causa del Sultan que por la de los españoles, se sintió herido del tono seguro y desdenoso con que Ibn-Hafzum había pronunciado estas palabras. «Abu-Hafz, le dijo, no despreciéis el ejército de Ibn-abi-Abda. Es á la vez pequeño y grande, y aun cuando toda España se reuniera contra él, no volvería las espaldas.—Noble señor, le respondió Ibn-Hafzum, en vano intentais hacerme cambiar de opinion. ¿Qué puede ese Ibn-abi-Abda? ¿Cuántos soldados tiene? En cuanto á mí, tengo mil seiscientos caballos; añadid á estos los quinientos de Ibn-Mastana, y los vuestros, que acaso sean otros quinientos. Cuando todas estas tropas estén reunidas, nos merendaremos al ejército de Córdoba.—Puede uno ser rechazado, repli-

có Tadjil; puede uno ser batido..... Por lo demás, no podeis quererme mal, porque no os anime en vuestro proyecto, pues que conocéis los soldados de Ibn-abi-Abda, tan bien cómo yo.»

Apesar de la oposicion de Tadjil, Ibn-Haddjadj aprobó el plan de su aliado y mandó á su general que se reuniera con él. Informado Ibn-Hafzun por sus espías de que el general omeya acababa de dejar el Génil y había establecido su campo en el distrito de Estepa fué á atacarlo. Y aun cuando no tenía aun mas que su caballería, consiguió un brillante triunfo matando mas de quinientos hombres al enemigo. Por la tarde, llegó al campamento su infantería, compuesta de quince mil hombres. Sin dejarla tiempo para descansar, le dió orden de estar pronta para ponerse en camino, y entrando en la tienda de Tadjil:

—Vamos ¡noble señor, le dijo, salgamos á campaña!

—¿Contra quién? le preguntó Tadjil.

—Contra Ibn-abi-Abda.

—¡Abu-Hafz, querer obtener dos victorias en un mismo dia sería tentar á Dios; sería mostrarnos ingratos para con él! Habeis llenado de vergüenza al general enemigo, le

habeis dado un golpe tan terrible que tardará mucho tiempo en reponerse. En diez años no podrá devolvéroslo. Guardaos ahora de obligarlo á tomar una resolución desesperada.

—Vamos á abrumarlo con fuerzas tan superiores, que tendrá que dar gracias á Dios si tiene tiempo de montar á caballo y buscar su salvacion en la fuga.

Tadjil se levantó entónces y mandó traer sus armas, pero mientras que se abrochaba la coraza, exclamaba: «Dios es testigo de que no tengo parte en este proyecto temerario!»

Mientras que los coaligados, esperando sorprender al enemigo se ponían en marcha, guardando el más profundo silencio, Ibn-abi-Abda, avergonzado todavía de su derrota, se hallaba á la mesa con sus oficiales. De pronto llamó su atención una nube de polvo que se veía á lo lejos. Uno de sus mejores oficiales, Abd-al-wahid Rutí salió en seguida de la tienda á ver lo que era. «Amigos míos, dijo cuando volvió: la oscuridad me impide distinguir bien los objetos, pero me parece que Ibn-Hafzum viene sobre nosotros con su caballería y su infantería, y que piensa sorprendernos.» En un cerrar

de ojos todos los oficiales tomaron las armas, corrieron á sus caballos, saltaron encima, y llevaron á los suyos al encuentro del enemigo. Cuando se encontraron en presencia de éste, muchos oficiales se pusieron á gritar: «Tirad las lanzas y combatid al arma blanca!» Esta orden fué ejecutada inmediatamente, y entónces los realistas atacaron á sus adversarios con tanto ímpetu que les mataron mil quinientos hombres y los obligaron á refugiarse en su campamento.

Á la mañana siguiente recibió el Sultán la noticia de que el ejército había sufrido primero una derrota, y en seguida había conseguido una victoria. Irritadísimo contra los coaligados dió la orden de matar sus rehenes. Cortaron la cabeza á tres de los rehenes de Ibn-Hafzun y el cuarto que era Ibn-Mastana, salvó su vida, prometiendo ser fiel al Sultán en adelante. (1) Tocábale el turno á Abderramen hijo de Ibn-Haddjadj, pero su padre no había escaseado dinero ni promesas para procurarse amigos en la córte, y no cesaba de decir que, en cuanto el Sultán le devolviera su hijo, él

(1) Ibn-Haiyan, fól. 1 v., 2^a v.

volvería á la obediencia. (1) Uno de sus amigos era el Eslavo Badr, y este Badr se animó á tomar la palabra en el mismo instante en que iban á cortar la cabeza á Abderramen. «Señor, dijo al Sultán; perdonad mi audacia y dignaos escucharme; los rehenes de Ibn-Hafzun han perdido la vida, pero si haceis ahora matar también al hijo de Ibn-Haddjadj, haréis así que estos dos hombres permanezcan unidos contra vos hasta su última hora. Es imposible ganarse á Ibn-Hafzun, porque es español, pero no es imposible ganarse á Ibn-Haddjadj porque es árabe.

El Sultán mandó llamar á sus visires, (2) y les pidió consejo. Todos aprobaron el que Badr acababa de dar. Cuando se fueron, Badr habló al Sultán de nuevo, y le aseguró que si devolvía la libertad al hijo de Ibn-Haddjadj, podría contar para lo futuro con la fidelidad del jeque sevillano. Luego, viendo que el monarca dudaba aun, fué á rogar á uno de sus amigos más influyentes, el te-

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 129.

(2) Ningun Sultán habia tenido tantos visires á la vez. Algunas veces tuvo trece. Ibn-Haiyan, fól. 5 r.

sorero Todjibi, que dirigiera al Sultán una memoria en que le indujese á seguir el consejo que Vadr le había dado. La lectura de este escrito venció las vacilaciones de Adhallah que encargó á Todjibi de ir á poner á Abderramen en manos de su padre. (1)

Renunciamos á describir el gozo que experimentó Ibn-Haddjadj cuando pudo al fin estrechar contra su corazón al hijo querido que había pedido en vano durante seis largos años. Esta vez supo mostrarse más reconocido que ántes. Cuando, decía en la carta que había dirigido al Sultán, después de la muerte de los Khaldun, que éstos lo habían inducido á la rebelión, parece que decía la verdad, Coreb había sido su ángel malo, y desde que este hombre pérfido y ambicioso no existía, se condujo de otro modo. Sin romper con Ibn-Hafzun, al que continuó enviando regalos, (2) dejó sin embargo de ser su aliado, y en lugar de mostrarse hostil al Sultán, le envió regularmente su

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 45 v.-47 r. Ibn-Haiyan (fól. 96 y sig.) ha copiado este relato, pero según una redacción algo diferente y en lugar de colocarlo en el año 279 de la Hegira, lo ha puesto por error en el 287.

(2) Ibn-al-Cutia, fól. 47 r.

tributo y su contingente de tropas. Su posición respecto al Soberano, era la de un príncipe tributario, pero en sus dominios ejercía un poder absoluto. Tenía su propio ejército que pagaba, como el Sultán pagaba el suyo; nombraba todos los empleados de Sevilla, desde el Cadí y el Prefecto de policía hasta el último portero y alguacil. No carecía de nada de lo que constituye la regla pompa; tenía un consejo áulico, una guardia de quinientos caballeros, y un manto de brocado, sobre que estaban bordados sus nombres y sus títulos, con letras de oro. Por lo demás, ejercía noblemente el poder. Justo, pero severo, era inflexible para los malhechores, y mantenía el orden con la mayor firmeza. Príncipe y mercader, hombre de letras y amigo de las artes, recibía por los mismos bajeles los presentes de los príncipes de Ultramar, los tejidos de las ciudades manufactureras de Egipto, los sábios de la Arabia y las cantadoras de Bagdad. La bella Camar, cuyas prendas había oído alabar tanto, que la hizo comprar por una suma enorme, y el beduino Abu-Mohammed Odhrí, filólogo de Hidjaz, eran los mas bellos ornatos de su córte. Este último, que cada vez que oía una frase in-

correcta ó una palabra impropia, tenía costumbre de exclamar: «¡Ah ciudadanos, qué habeis hecho de la lengua!» era un oráculo cuando se trataba de la pureza del lenguaje ó de la delicadeza de la espresion. La ingeniosa Camar, unía á su talento músico, natural elocuencia, génio poético, y noble orgullo. Un dia que unos tontos infatuados con su nacimiento, habian denigrado su origen y su pasado, compuso estos versos:

Ellos se digeron:—Cuando Camar llegó aquí estaba encueros; hasta entónces su oficio había sido conquistar corazones á fuerza de lánguidas miradas; caminaba metida en el lodo de los caminos; iba errante de ciudad en ciudad; es de baja estraccion; su lugar no es entre los nobles, y su único mérito consiste en saber escribir cartas y versos. ¡Ah! si no fueran unos rústicos no hablarían así de la estrangera! ¡Qué hombres Dios mío, esos que menosprecian la verdadera, la única nobleza, la que dá el talento! ¿Quién me librá de ignorantes y de estúpidos? ¡Ah! la ignorancia es la cosa mas vergonzosa del mundo, y si fuera preciso que una mujer lo fuera para entrar en el paraiso preferiría que el Criador me mandara á los infiernos.

En general me parece que hacía gran

caso de los Árabes españoles. Acostumbrada á la exquisita cortesía que reinaba en Bagdad, se hallaba fuera de su sitio en un país que había conservado demasiados restos de la rudeza antigua. Solo el Príncipe halló gracia á sus ojos y en su alabanza compuso estos versos:

En todo el Oeste, no hay mas hombre verdaderamente generoso que Ibrahim, que es la generosidad misma. Nada mas grato que vivir á su lado, y cuando se ha tenido esa felicidad seria un suplicio vivir en otra parte. (1)

Quando condenaba así la generosidad de Ibrahim no exageraba. En este punto todo el mundo era de su opinion; así que los poetas de Córdoba á quienes el avaro Sultán dejaba casi morir de hambre, corrían en masa á su córte con el poeta laureado Ibn-Abd-rabbíhi á la cabeza. Ibrahim los recompensaba siempre con una muni-

(1) Salimi, («apud.» Maccari, t. II, p. 97) cita una poesía que atribuye á Camar y de donde se podria inferir que padecía de nostalgia, pero estos versos son evidentemente de un hombre y no de una muger.

ficencia verdaderamente régia. Solo una vez no dió nada y esto fué cuando Calfat satírico muy mordaz le recitó un poema lleno de amargos sarcasmos contra los ministros y cortesanos de Córdoba. Aunque tuviera acaso quejas de algunos de estos personajes, Ibn-Haddjadj no hizo ningun signo de aprobacion y cuando el poeta hubo concluido le dijo friamente: «Te has engañado si has creido que un hombre como yo puede gustar de oir tan innobles injurias.» Calfat volvió á Córdoba con las manos vacías. Contrariado y furioso comenzó á vomitar su hiel:

No me riñas decía, no me riñas esposa mia, si no dejo de llorar desde el viaje que acabo de hacer. Este viaje me ha causado mi dolor de que no podré consolarme nunca. Esperaba encontrar allí un hombre generoso y no he encontrado mas que un estúpido buho!

Ibn-Haddjadj no era hombre que aguantara semejantes groserías. Desde que supo el modo con que el poeta se vengaba le mandó á decir: «Si me dejas de difamarme te juro por lo mas sagrado que te haré

cortar la cabeza en Córdoba en tu misma
camal» Desde entónces Calfat, no hizo ya
más sátiras contra el señor de Sevilla. (1)



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

(1) Ibn-Haiyan, fól. 8 v.-11 r.-97 v.-98; Ibn-
Adhari, t. II, p. 130, 132; Maccari, t. II, p. 97.

XVII.

La reconciliación del Sultan con Ibn-Hadjadj, fué el principio de una nueva era, la del restablecimiento del poder real. Sevilla había sido el punto de apoyo de la rebelión en todo el Oeste, en cuanto este punto de apoyo llegó á faltarles, todos los demás distritos desde Algeciras á Niebla, volvieron á la obediencia. (1) Durante los nueve últimos años del reinado de Abdallah, pagaron el tributo con tanta exactitud que no fué preciso enviar tropas por esta parte. El Sultan podía, pues, dirigir todas sus fuerzas contra el Mediodía. Tan feliz resultado ha-

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 47 r.

bia sido debido á los prudentes consejos de Bard; así, que el Sultan le estaba muy agradecido y le dió las pruebas mas visibles de su reconocimiento. Confióle el título de visir, lo admitió en su intimidad y le concedió una confianza tan grande que aunque Bard no tuviera el título de primer ministro lo era sin embargo de hecho. (1)

En el Mediodía fueron además las armas del Sultan casi siempre felices. Su ejército tomó á Jaen en 903, en 905 ganó la batalla de Guadalbollón contra Ibn-Hafzun é Ibn-Mastana; en 906 quitó Cañete á los Beni-al-Khalí; en 907 obligó á Archidona á pagar tributo; en 909 arrancó á Luque á Ibn-Mastana; en 910 tomó á Baeza, y al año siguiente, los habitantes de Iznajar se sublevaron contra su señor Fadhl-ibn-Salama, yerno de Ibn-Mastana, y enviaron su cabeza al Sultan. (2) Aun en el Norte hubo una notable mejoría. Hubo un momento en el año de 898 en que se temió que el mas poderoso español del Norte y el mas poderoso español del Mediodía llegaran á aliarse.

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 47 r.; Ibn-Haiyan, folio 4 r., 9. v.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 1 v., 2 v., 104 r. y v., 105 r., 106^o v., 107^o v.

Mohamed ibn-Lope de la familia de los Beni-Casi había prometido ir á la provincia de Jaen para conferenciar con Ibn-Hafzun. La guerra que tenía que sostener contra el gobernador de Zaragoza al-Ancar, le impidió venir en persona, pero en su lugar envió á su hijo Lope. Ya había llegado este á la provincia de Jaen donde esperaba á Ibn-Hafzun, cuando recibió la noticia de que su padre había muerto en el sitio de Zaragoza, (Octubre de 898) y entonces se volvió á su patria sin esperar la llegada de Ibn-Hafzun. No volvió á hablarse mas de este proyecto de alianza que había inspirado á la corte muy serios temores, (1) y Lope lejos de mostrarse hostil al Sultán, solicitó con empeños su favor, así que éste lo nombró gobernador de Tudela y de Tirazona. Lope gastó sus fuerzas en guerras continuas contra sus vecinos, tales como el señor de Huesca, el rey de Leon, el conde de Barcelona, el de Payares y el rey de Navarra hasta que fué muerto en una batalla que dió á este último. (907) (2) Su hermano Abdallah

(1) Ibn-Haiyan, fól. 94 v., 95 r.; cf. 12 v., 13 r; Ibn-al-Cutia, fól. 47 v.; Ibn-Adhari. t. II, p. 143; Manuscrito de Meya.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 13 r., 89 v., 94 v.; Arib, t. II, p. 145, 146, 147.

que le sucedió, volvió también sus armas nó contra el Sultan, sino contra el rey de Navarra. (1) Los Beni-Casi habian dejado pues de ser terribles para los Omeyas.

Evidentemente, las cosas tomaban en todas partes un aspecto mas tranquilizador. En Córdoba se miraba ya el porvenir con mas confianza. Los poetas hacían oír cantos de victoria que no se habian oído hacía muchos años. (2) Sin embargo, el poder real no había hecho todavía mas que progresos muy lentos, cuando Abdallah murió el 15 de octubre de 912 á la edad de sesenta y ocho años y veinte y cuatro de reinado.

El presunto heredero de la corona se llamaba Abderramen. Era hijo del primojénito de Abdallah, del infortunado Mahomed que había sido asesinado por su hermano Motarrif, de órden de su padre. (3) Huérfano desde su más tierna infancia, había sido educado por su abuelo, que atormentado sin cesar por los remordimientos de su conciencia, parece haber concentrado en es-

(1) Arib, t. II, p. 147, 152, 153.

(2) Véanse los versos que se encuentran en Ibn-Haiyan. fól. 105 r.

(3) Véase mi introduccion á la crónica de Ibn-Adhari, p. 47, 50.

te niño todo el cariño de que era capaz, y al que hacía mucho tiempo había designado para sucederle. (1) Pero Abderramen no contaba todavía veintidos años (2) y podía temerse que sus tios ó los hermanos de su abuelo le disputáran la corona, porque no había ley de sucesion, y cuando el trono estaba vacante, subía á él de ordinario el mayor ó el más capaz de la familia. Contra todo lo que era de esperar, nadie se opuso á la elevacion de Abderramen, y lo que es más, todos, príncipes y cortesanos, saludaron con alegría este suceso, en el que vieron la prenda de un porvenir de prosperidad y de gloria. Era el jóven príncipe había sabido ya hacerse amar y había inspirado á todos los que lo conocian una alta idea de su talento. (3)

Abderramen III al proseguir la obra comenzada por su abuelo, siguió un camino enteramente contrario. Á la política circunspecta y tortuosa de Abdallah, substituyó una política franca, atrevida, audáz,

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 162.

(2) Habia nacido el 14 de enero de 891.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 162; Arib, t. II. p. 163; compárese con los dos versos que cita Maccari, tomo II, p. 508.

enemigo de términos medios anunció arrogantemente á los insurrectos españoles, árabes y berberiscos, que lo que quería de ellos no era un tributo, sino sus castillos y sus ciudades. Prometía á los que se sometieran amplio y entero perdon y amenazaba á los otros con un castigo ejemplar.

Parece á primera vista que semejantes pretensiones debían reunir contra él á toda España. No sucedió así, su firmeza no indisponía, dominaba; y la línea de conducta que siguió, léjos de ser insensata era la que claramente indicaba el estado de las cosas y de los espíritus.

Era que todo lo había cambiado poco á poco. La aristocracia árabe no era ya lo que fué al principio del reinado de Abdallah. Ya había perdido sus jefes más ilustres, Said-ibn-Djudi y Coreb-ibn-Khaldun, habían muerto ya, Ibrahim-ibn-Haddjadj acababa también de morir, (1) y no había ninguno con suficiente talento ni consideracion para ocupar el puesto que la muerte de estos hombres superiores habían dejado vacío. Quedaba el partido español; este con-

(1) En 910 ó en el año siguiente; véase á Arib, t. II p. 153 (cf. p. 150) Ibn-al-Abbar, p. 97. La fecha que se halla en Ibn-Adhari, t. II, p. 132 es errónea.

servaba aun la mayor parte de sus jefes, y no parecía haber perdido mucho de su poder. Pero estos jefes se iban haciendo viejos y el partido mismo no era ya lo que treinta años ántes, cuando lleno de amor y de entusiasmo se había levantado de comun impulso á la voz de Ibn-Hafzuñ, para sacudir el yugo de la dominacion extranjerá. Este primer ardor se había calmado y enfriado. Á la ardiente y vigorosa generacion de 884 había sucedido otra nueva, que no tenía ni los agravios, ni la arrogancia, ni la fiereza, ni las pasiones, ni la energía de la que le había precedido. No habiendo sido oprimida por el poder real, no tenía motivos para odiarlo. Se quejaba, es verdad, se sentía grandemente desgraciada, pero los males que deploraba no eran los del despotismo sino los de la anarquía y la guerra civil. Veía cada dia á las tropas del Sultan, ó á las de los insurrectos, asolar campos que prometían una abundante cosecha; cortar olivos en flor y naranjos cargados de fruto; incendiar cortijos y lugares; pero lo que no veía, lo que siempre esperaba en vano era el triunfo de la causa nacional. Ciertó que el trono del Sultan vacilaba á veces, pero un momento despues estaba de nuevo firme como

una roca. Esto era poco animador. Acaso no formulaban su pensamiento íntimo, pero sentían instintivamente, á no dudarlo, que cuando una insurrección nacional no consigue su objeto al primer ímpetu, no lo alcanza jamás. Tal había sido la impresión general cuando los sucesos alternaban para los dos partidos. Mucho peor debía ser cuando los insurrectos no hacían más que sufrir reveses, y en lugar de adelantar atrasaban. Comenzó entonces á preguntarse de qué había servido la muerte y la ruina de tantos bravos y si valía la pena de dejarse robar ó matar por una causa que el cielo no quería favorecer. La población de las grandes ciudades, es decir, la que estaba más deseosa de reposo y bienestar, había sido la primera á hacerse esta pregunta, y no hallando respuesta satisfactoria, se había dicho, que bien considerado todo, valía más una paz á toda costa con industria y esperanza de enriquecerse, que la guerra patriótica con desorden y anarquía. Elvira se había sometido espontáneamente, Jaén se había dejado tomar y Archidona había consentido en pagar tributo. En la Serranía, cuna de la insurrección, el entusiasmo había tardado más en enfriarse, pero tam-

bien allí se comenzaban á manifestar síntomas de cansancio y de desanimacion. Ya no se apresuraban los serranos á afiliarse en la bandera nacional, de modo que Ibn-Hafzun se había visto obligado á seguir el ejemplo del Sultan, tomando á sueldo mercenarios de Tánger. (1) Desde entónces la guerra perdió mucho de su carácter primitivo. Se hizo más ruinosa, porque el objeto que se proponian ambas partes, era impedir que el enemigo pudiera pagar á sus tropas africanas; pero ya no tenía la salvaje energía de otras veces, ya había dejado de ser sangrienta. Los berberiscos de Tánger, siempre prontos á pasarse á las banderas enemigas por el menor aumento de sueldo, (2) no consideraban la guerra mas que como un juego lucrativo y corrian bien con sus enemigos, porque sus enemigos habian sido la víspera sus camaradas, y acaso lo volverían á ser al día siguiente. En muchos de estos combates no habia más que dos ó tres muertos y hasta hubo algunos en que no murió nadie. Cuando habian sido heridos algunos hombres y cortádose los jarretes á algunos caba-

(1) Véase Ibn-Haiyan, fól. 910 v.

(2) Véase la nota D. al fin de este tomo.

llos, se creía haber hecho lo suficiente. (1) Pretender conquistar la independencia con semejantes soldados, cuando el levantamiento en masa de una población entusiasta é irritada no había sido bastante para lograrlo, era, demasiado lo conócian, un proyecto quimérico. El mismo Ibn-Hafzun parece que estaba convencido de ello, porque el año 909 reconoció por soberano á Obaidallah-el-Xiita que acababa de quitar el Norte de África á los Aghlabitas. (2) Esta singular alianza no produjo ningun fruto, pero prueba que Ib-Hafzun empezaba á no contar con sus compatriotas.

Añádanse á estas causas de decaimiento general de las convicciones y de los ánimos, la profunda desmoralizacion de los castellanos, sobre todo en las provincias de Jaen y Elvira. Estos señores habian olvidado por completo que habian tomado las armas por un motivo patriótico. En sus torres, que se elevaban hasta las nubes, se habian convertido en salteadores sin fé ni ley, que desde lo alto de sus almenas acechaban á los caminantes y caian sobre ellos con la rapi-

(1) Ibn-Haiyan, «passim.»

(2) Ibn-Khaldum, fól. 11 .

déz de aves de rapiña, sin distinguir de amigos ni de enemigos. En todos los lugares y en todas las ciudades, se maldecía á estos tiranos, y el que rompiera sus colosales torres y derribara las murallas de sus detestados castillos, podría contar seguramente con la gratitud de las poblaciones cercanas. ¿Quién lo había de hacer, si el Sultán no lo hacía? ¿No era natural que las esperanzas del pobre pueblo se dirigieran á él?

Preciso es notar además, que la lucha había perdido el carácter nacional y por decirlo así universal, que había tenido en su origen para convertirse en meramente religiosa. (a) Hasta entónces, Ibn-Hafzun no había hecho distinción entre musulmanes y cristianos, no preguntaba á nadie la religion que profesaba, bastábale que fuera español, que quisiera combatir por la buena causa y que supiera manejar una espada. Pero

(a) Nótase esta singular coincidencia, la guerra en el norte de España, que tiende á hacerse meramente religiosa en tiempo de Alonso el Casto, adquiere nuevo vigor desde que el pueblo personificado en Bernardo lo obliga á que tome un carácter decididamente patriótico. Lo contrario sucede en la insurrección en el Mediodía. (N. del Tr.)

desde que él é Ibn-Mastana, (1) su mas poderoso aliado habian abrazado abiertamente el cristianismo, desde que devolviendo á la religion su antigua pompa habian hecho edificar por todas partes soberbias iglesias, no sucedía otro tanto. Ahora, Ibn-Hafzun ó Samuel, como él se hacía llamar, no concedía su confianza mas que á los cristianos y solo eran para ellos los puestos lucrativos y las altas dignidades. Bobastro se había hecho el foco de un fanatismo tan austero y tan sombrío como el que sesenta años ántes había animado á los monjes cordobeses. La misma hija de Ibn-Hafzun, la entusiasta y valerosa Argentea daba ejemplo. Resistiendo á las instancias de su padre, que cuando perdió á su muger Colomba, quiso encargarla de los cuidados domésticos, había fundado, en el palacio mismo, una especie de convento y desesperando como tantos otros del triunfo de los Andaluces, se dejaba devorar por la sed del marmartirio, habiéndole predicho un monje que estaba destinada á morir por Cristo.

(1) Véase los versos que se hallan en Ibn-Haiyan, fól. 105 r. y v.

(1) Este celo por la religion cristiana y este desden hácia los musulmanes, no agradaban del todo á una parte de los que hasta allí habían combatido por la independencia de la pátria. Muchos de ellos á pesar del ódio que profesaban á los Árabes, eran sincera y fervientemente adictos á la religion que les habían enseñado, pues es sabido que el español es siempre un creyente exaltado cualquiera que sea la religion que adopte. Otros, los que ántes eran siervos y sus descendientes, querían impedir á toda costa, que el cristianismo llegara á ser de nuevo la religion dominante, porque si llegaba á serlo, no dejarían de resucitarse antiguas pretensiones de que serían víctimas. La religion habia llegado á ser, por consiguiente el tizon de la discordia. Donde quiera, los españoles musulmanes y los españoles cristianos se miraban con ojos celosos y desconfiados; en algunos distritos llegaron á hacerse una guerra mortífera. En la provincia de Jaen, el renegado Ibnaz-Chalia cuando volvió á tomar á Cazlona, fortaleza que le habían quitado los cristia-

(1) Vita Beat. Virg. Argentæ, c. 2, 3.

nos, pasó toda la guarnicion á cuchillo.
(898) (1)

De modo que este partido era mucho menos fuerte que parecía. No tenía ya aquel fuego sagrado que únicamente puede hacer realizar acciones grandes y heróicas, estaba desunido, no subsistía mas que pagando mercenarios africanos, estaba cansado de desórdenes y contaba, en su seno multitud de personas que no repugnaban la idea de una reconciliacion con el Sultan defensor natural de la ortodoxia, siempre que este Sultan no fuera Abdallah. Reconciliarse con ese tirano misántropo é hipócrita que había envenenado á dos de sus hermanos y hecho ejecutar á otro, que había mandado matar dos de sus hijos por simples sospechas sin formacion de causa; (2) reconciliarse con semejante mónstruo era imposible. Pero ya él había muerto y su sucesor no se le parecía en nada. Este príncipe tenía todo lo que es menester para atraerse la confianza y las simpatías del pueblo, todo lo que agrada, deslumbra y subyuga. Tenía ese exterior que no reciben en vano los re-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 143.

(2) Véase Ibn-Adhari, Introduccion p. 44 y 62.

presentantes del poder, á la gracia que seduce, juntaba la magestad que impone. (1) Todos los que se le acercaban alababan sus talentos, su clemencia y la bondad de que ya habia dado pruebas, ordenando la reduccion de impuestos. (2) Interesaba además á las almas sensibles por la triste suerte de su padre asesinado en la flor de su edad y no se había olvidado de que hubo un dia en que este mismo padre buscó asilo en Bobastro, afiliándose entónces bajo el estandarte nacional.

Subía, pues, al trono el jóven monarca, bajo muy favorables auspicios. Las grandes ciudades no deseaban otra cosa que abrirles las puertas. Écija les dió ejemplo. Dos meses y medio despues de la muerte de Abdallah (el 31 de Diciembre de 912) se entregó á Badr que la sitiaba, y que acababa de recibir el título de «Hadjib» (primer ministro.) (3) Pero Abderramen quería cojer él mismo laureles en el campo de batalla. Desde la Primavera, (en Abril de 913) tomó el mando del ejército para reducir á los cas-

(1) Ibn-Adhari. t. II p. 161.

(2) Idn-Khaldun, fól. 12 v.

(3) Véase Arib, t. II, p. 165 y 164.

tellanos de Jaen. Hacía muchos años que las tropas no habían visto un Sultán á su cabeza; desde su campaña de Carabuey, en 892, Abdallah no se había presentado en el campo, (1) y la ausencia del Soberano había ejercido sin duda una perniciosa influencia en la moral de los soldados. Así, que ahora, saludaron con entusiasmo al joven y esclarecido monarca, que quería participar, no solo de su gloria, sino de sus fatigas y sus peligros.

Cuando llegó á la provincia de Jaen, supo Abderraman que Ibn-Hafzun había tramado inteligencias con el partido revolucionario de Archidona, (2) y que esperaba hacerse dueño de esa ciudad. Destacó en seguida una brigada, y ordenó al general que la mandaba ir á Archidona á toda prisa. El general lo hizo tan bien que frustró las esperanzas de Hafzun.

El Sultán por su parte fué á poner sitio á Monteleon. El señor de este castillo Said-ibn-Hodhail, uno de los mas antiguos aliados de Ibn-Hafzun, quiso mejor negociar

(1) Ibn-Haiyan, fól. 81 r.

(2) Arib se engaña cuando piensa que ya en esta época Málaga era la capital de la provincia de Regio. Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 322, 323.

que combatir. El domingo envistieron la fortaleza, el miércoles se rindió. Ibn-as-Chalia, Ishac-ibn-Ibrahin, el señor de Mentesa y otros siete castellanos esperaron apenas á que el Sultan llegára delante de las puertas de sus casas señoriales, para someterse y pedir el «aman.» Abderramen se lo concedió, los envió á Córdoba bajo buena escolta con sus mugeres y sus hijos, é instaló á sus tenientes en las fortalezas que acababan de abandonar. En la provincia de Elvira todo pasó de la misma manera, y el Sultan no encontró resistencia hasta llegar á Fiñana. Aquí los partidarios de Ibn-Hafzun estaban encima, y habían persuadido á los otros vecinos, que la ciudad era inespugnable. La resistencia no fué larga sin embargo. Habiendo visto arder las casas situadas en la pendiente de la montaña en cuya cima estaba la ciudad, los tibios comenzaron á negociar y consintieron en entregar á los exaltados, como el Sultan pedía. Luego se aventuró Abderramen en los senderos casi inaccesibles de Sierra-Nevada. Allí tambien se rindieron todos los castellanos, sin excepcion alguna. Entónces supo que Ibn-Hafzun amenazaba á Elvira. Sin perder un momento el Sultan envió tropas

en su socorro, y en cuanto recibió este res- fuerzo, la milicia de Elvira, que se picaba de celosa, se puso en marcha para rechazar al enemigo, lo encontró cerca de Granada, lo puso en fuga é hizo prisionero á un nieto de Ibn-Hafzun.

En este entretanto, Abderramen sitiaba á Juviles, donde los cristianos de otros casti- llos habian buscado refugio. El sitio duró quince dias, al cabo de los cuales los anda- luces musulmanes imploraron la clemencia del Soberano y prometieron entregarle á los cristianos que estaban con ellos. Cumplie- ron su promesa y todos los cristianos fue- ron descabezados. Luego, pasando por Sa- lobreña y tomando el camino de Granada, el Sultan atacó y tomó á San Estéban y á Peña Forata, dos nidos de buitres que eran el ter- ror de los habitantes de Elvira y de Gra- nada.

Desde entónces las provincias de Elvira y de Jaen quedaron purgadas de bandidos y pacíficas. Una campaña de tres meses bas- tó para obtener tan importante resulta- do. (1)

(1) Arib, t. II, p. 166-169.

Tocóle entónces el turno á la aristocr cía Sevillana.

  la muerte de Ibrahim-ibn-Haddjadj, su hijo mayor. Abderramen, le había sucedido en Sevilla, y el segundo, Mahomed, en Carmona; pero habiendo muerto Abderramen, en 913, Mohamed ( dolo de los poetas á quienes colmaba de dones como su padre) quiso tambien hacerse proclamar en Sevilla. No lo consiguió. Había dado ya pasos para acercarse al monarca, y en Sevilla querian permanecer independientes; se le acusaba además de haber hecho envenenar   su hermano, lo que acaso no era más que una calumnia. Eligieron, pues, en perjuicio suyo   su primo hermano, Ahmed-ibn-Maslama, un valiente guerrero. Mohamed quedó profundamente resentido y como el Sultan, que no había querido reconocer al nuevo señor, envi ra un ejército contra Sevilla, aquel vino   la córte   ofrecer sus servicios, que el Sultan aceptó.

El sitio fué llevado con tanto vigor que Ahamed ibn-Maslama se vi  muy pronto obligado á buscar un aliado. Dirigi se   Ibn-Hafzun que vino una vez mas al socorro de la aristocracia árabe amenazada. Pero la fortuna le había vuelto las espaldas. Ha-

biendo salido de Sevilla con sus aliados para atacar las tropas del Sultán, que habían establecido su cuartel general en la ribera derecha del Guadalquivir, experimentó una derrota tan terrible que dejando á los sevillanos componérselas como pudieran, se volvió á toda prisa á Bobastro.

Ahamed ibn-Maslama y los demás nobles sevillanos, comprendieron que era inútil prolongar la resistencia. Abrieron negociaciones con Bard, que acababa de llegar al campamento, y cuando obtuvieron la promesa de que el gobierno conservaría los usos y costumbres que habían tenido bajo los Haddjadj, abrieron las puertas de la ciudad, (20 de Diciembre de 913.) (1)

Mohamed ibn-Haddjadj, que se había figurado que si se tomaba Sevilla sería en provecho suyo y á quien habían ocultado cuidadosamente la negociacion entablada, quedó sorprendido cuando recibió una carta de parte de Badr en que le decía que la ciudad se había rendido y que por tanto podía retirarse. Retiróse en efecto, pero con el corazón lleno de ira y jurando venganza.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 133, 124; Arib, t. II, p. 169.

Al volver á Carmona, se apoderó de un ganado que encontró y que pertenecía á unos vecinos de Córdoba. Luego se encerró en su fortaleza y se puso á desafiar al Sultan. Este no se enfadó con él. Le envió un empleado de su córte, que le dió á entender de una manera á la vez firme y política, que ya habian pasado los tiempos de que los nobles podian apoderarse impunemente de los bienes agenos y que por consiguiente había que entregar el ganado robado. Mohamed se dejó persuadir y restituyó el ganado; pero apesar de su singular talento desconocía aun la nueva faz que habian tomado los tiempos. Habiendo sabido que el gobernador hacia arrasar las murallas de Sevilla, quiso aprovecharse de la ocasion para apoderarse de la ciudad por un golpe de mano, y el dia menos pensado fué á atacarla. Fracasó su temeraria empresa y el Sultan tuvo una vez mas la dignacion de enviarle uno que le pusiera al corriente de las nuevas ideas. El prefecto de policia Casim ibn-Walid-el-Khelbita, fué el encargado de esta mision. No podía hacerse eleccion mas acertada; Casim, que bajo el reinado de Abdallah había sido durante algunos meses, el colega de Ibrahim-ibn-Haddjadj, era el